Los columnas argentinas descendieron á paso de trote una pendiente que concluía en la posición enemiga y cargaron resueltamente á las primeras fuerzas que encontraron.

Después de lo que dejamos anteriormente dicho respecto á los preliminares del avance de la división Ayala [1], esta se hizo un tanto á la derecha y salvó el obstáculo del adversario, rechazando á sus sostenedores que se replegaron á retaguardia ejecutando fuegos, la primera bandera que flameó fué la del I.° de línea; á la derecha de éste se corrió la Legión militar y á su izquierda entró el San Nicolás y el I.° de Corrientes; formando también el 3.° de línea en esta misma línea.

La división Campos formada en dos líneas [2] envolvió la derecha del enemigo, con el intento de sorprender su retaguardia, y trasponiendo la línea de abatís que se encontraba en ese estremo, avanzó sobre el adversario ya desde ese momento rechazado, llevando á vanguardia el batallón 4.° y 5.° de línea, en columna, y de sostén, el 6.° de línea y el Rioja y Catamarca también en la misma formación, y como á 600 metros á retaguardia se estableció el 2.° cuerpo brasilero.

(1) Primera división del primer cuerpo de ejército argentino.
(2) Segunda división del primer cuerpo de ejército argentino.

CAPÍTULO XXXIV

Avance de la División Ayala.—Hermosos episodios

Como esta batalla es una sucesión de combates parciales, en los que algunas veces los cuerpos se entregan á su propia iniciativa, y por consecuencia es difícil de seguirlos en las variadas peripecias de esta jornada, acaecida en un terreno arbolado y accidentado, que ocultaba á la vista el movimiento general de la batalla, me concretaré á los principales accidentes que han llegado á mi conocimiento, los que en la mayor parte constan en documentos oficiales: daré comienzo por la división Ayala que ocupaba la derecha del ataque.

Al penetrar valientemente el I.° de línea desplegó en batalla y marchó sobre una fuerza enemiga que se presentaba á su frente. En este momento fué herido el mayor Pico, y le reemplazó en el mando el capitán Benavides.

El coronel Ayala avanzaba á vanguardia con una

guerrilla mandada por el capitán Sagrista, con el intento de ver por sus propios ojos la situación del enemigo.

Así siguieron un espacio de camino, cuando salió de repente un batallón paraguayo de un bosque que se elevaba á su frente y avanzó sobre el I.° de línea.

Este valiente batallón siguió adelante sin inmutarse, haciéndose notar por su porte y su bravura el subteniente Malato, que con una pistola en una mano y el kepí en la otra, se destacaba á vanguardia ansioso de conquistar una hazaña inmortal. (1)

El capitán Benavides lo había reprendido varias veces á causa de salirse de la formación, pero el brío del oficial se estrellaba contra la disciplina y seguía adelante alentando á sus soldados.

El I.° de línea hizo alto y se preparó á recibir al adversario: las compañías 4.ª y cazadores (2) formaron un martillo á retaguardia y así esperó á aquella mole que avanzaba en columna agigantándose á medida que se acortaba la distancia.

El aspecto de aquella escuálida tropa era extraordinario, algunos medio desnudos, cubriendo apenas su epidermis guaraní, endurecida por la inclemencia de las estaciones, con la manta envuelta en la cintura, y el gran

(1) Relato del coronel Benavides.
(2) El distinguido hoy Dr. Beracochea mandaba cazadores.

morrión de cuero por cimera; otros con sombreros de paja, ó sucios trapos sujetando la cerdosa cabellera, enmarañada como un bosque virgen: los mejores equipados llevaban raidas camisetas blancas ó punzoes y ásperos y mugrientos calzoncillos enrollados en las delgadas y desnudas piernas; en fin, aquel cuerpo carnavalesco de matizados uniformes hubiera sido para reir en otro momento más oportuno que el presente: se le veía avanzar irradiando siniestros relámpagos sus bayonetas, al son de un tambor ronco que en su interior parecía que se ocultaba un tigre enjaulado lanzando rugidos acompasados. Un muchacho casi desnudo, color de bronce florentino, embrutecido por las privaciones y los peligros, con el coraje impasible de su raza, daba el son de guerra, haciendo tartamudear los palillos sin preocuparse de nada, y un sol de fuego, avivando los colores del cuadro, animaba una vida ardiente y fantástica en aquella triste realidad.

El coronel Ayala que estaba presente, sacó la espada en ese momento; ordenó que se les dejase aproximar algo más, y cuando calculó que no había tiro que errar, el batallón hizo romper un fuego intenso y voraz.

Los paraguayos en sobresalto detuvieron su marcha y reaccionando al momento contestaron el fuego, pero rápido el I.° de línea con Ayala y Benavides á la cabeza se lanzó á la bayoneta sobre el enemigo: no alcanzaron á chocarse los aceros, porque el adversario cedió el terreno dejando el campo cubierto de cadáveres, pero igual tributo pagaba el batallón argentino, quedando

entre los que ya habían vivido el valeroso subteniente Malato.

Aquel tambor niño ya no batía la carga, había caido inclinado sobre su inmensa caja de guerra: sin sentir la muerte estaba lívido; como una flor silvestre marchita al borde de una columna funeraria, sus brazos como enredaderas circundaban el instrumento heróico despedazado; al morir había quedado en una actitud desgarradora; parecía un bardo antiguo defendiendo el arpa de sus cantares.

Entonces en aquel campo siniestro púdose contemplar una escena más conmovedora aún.

Una mujer á caballo atraviesa á galope la zona mortífera de las balas, alcanza al I.º de línea y se detiene lanza la mirada con ansiedad, esa mirada que solo la mujer posée en momentos de angustia suprema; abarca con una penetración anhelante la perspectiva de los muertos, y como si un presentimiento la ahogara abrumándola con una tortura eterna, sofocando un gemido, gritó:

¿Dónde está el subteniente Malato?

—¡Allí está muerto! le dijo un soldado bárbaro, de esos endurecidos en el yunque de las batallas. (1)

(I) Relato del comandante Somoza.

Entónces esa mujer de las últimas filas del pueblo, mujer de campamento, compañera inseparable del soldado, que sufre y muere por la patria, y que jamás participa de las recompensas que muchas veces se dan á los que no las merecen. Aquella mujer que la llamaba *Rosa la tigra*, porque hasta ese instante le había faltado la sensibilidad esquisita de su sexo; corrió desesperada al sitio más negro de su corazón, y al contemplar el amarillo cadáver del joven oficial, prorrumpió en llanto, y sin preocuparse del peligro que la amenazaba, ni de las balas que silvaban en sus oídos, que no oían sino su inmensa pena; se aproximó al cuerpo inanimado é hizo un esfuerzo para subirlo sobre su caballo; vana tarea, alcanzó hasta ponerlo de pié: en esa actitud al inclinarse para levantarlo, los brazos del infeliz Malato cayeron sobre ella como por un movimiento mecánico de la muerte; rozaron su cuello y sintió helada la última caricia de la tumba; lo oprimió entonces contra su pecho, y sus lágrimas y sus lábios tocaron su frente helada.

Un soldado compasivo se aproximó y le prestó ayuda, montó á caballo con aquella preciosa carga y se alejó rápida, para llorar en silencio su pena, y construirle con sus manos la cruz de ramas de los pobres que adornan el montoncito de tierra; única señal que algunas veces marca nuestro paso por el mundo en el campo de batalla. (1)

(I) Relato del coronel Blanco, comandantes Benavides y Somoza y mayor Rivas.

Otro soldado que se encontraba herido, vendándose una pierna, exclamó:

—¡Bendito sea Dios! ¡hasta las tigras lloran! (1)

Al mismo tiempo que el I.º de línea cargaba y rechazaba al adversario, la Legión militar, á las órdenes del coronel Caraza, coadyuvaba al movimiento, avanzando en la misma dirección. (2)

El batallón San Nicolás que había penetrado con ímpetu, con su jefe á la cabeza, el comandante Somoza, al poco trecho del camino recibió orden del general Rivas de atacar una fuerza enemiga que se encontraba á su izquierda: en el mismo momento en que el batallón de Corrientes, mandado por el mayor Liendo, corríase hácia ese flanco.

Esta operación la ejecutaba con el propósito de atacar por un costado un cuerpo paraguayo que manifestaba intenciones de resistencia.

Los paraguayos fueron atacados por el mayor Liendo á punta de bayoneta y en la convergencia de la carga vinieron á unirse los dos batallones argentinos, aúnque

(1) Relato del comandante Somoza.

(2) Téngase en cuenta que la columna de Agüero penetró por la parte Oeste de la posición y oblícuamentente avanzó al Sud. La columna de Rivas entró por el Norte y se dirigió también al Sud reuniéndose ambas en el cuartel general de López.

el San Nicolás había avanzado un pequeño espacio persiguiendo otras fuerzas del adversario.

El batallón I.º de Corrientes siguió adelante y el San Nicolás hizo alto á causa de un aviso que recibió del general Rivas, que le anunciaba la presencia de una fuerza enemiga, moviéndose hácia la derecha.

Inmediatamente rompió el fuego y se mantuvo algún tiempo así, mientras tanto, el 3.º de línea, mandado por el mayor García y el coronel Iwanoski, jefe de la brigada, avanzaban á la derecha, sobre los grupos de los enemigos que se retiraban.

Momentos antes de estos episodios, se presentó el 2.º jefe del batallón San Nicolás, que lo era el capitán Costa, con el propósito laudable de tomar parte en esta batalla.

Este oficial había quedado gravemente enfermo de fiebre en su campo, y su jefe le había ordenado terminantemente su permanencia allí; era puede decirse casi una orden de arresto para evitar el agravamiento de su enfermedad, olvidando que cuando el honor está de por medio, la disciplina salta en pedazos.

La faz amarillenta del bravo capitán impresionó á los compañeros, y Somoza, fingiéndose irritado, echóle en cara su desobediencia y agregó:

—Cuando un oficial como Vd. no asiste á una batalla,

no ha de desmerecer en nada su sólida reputación, adquirida en cuatro años de combates; y viendo su estado bajó el tono, y le rogó cortesamente, empleando el mayor abundamiento de razones que se retirara.

Costa, apoyándose en la espada, lanzó una mirada fija y penetrante de dos órbitas cadavéricas y le dijo con voz firme.

—Comandante, voy á curar mi maldita fiebre con la gloria de este día; es en vano que Vd. persista en lo que mi honor rechaza.

Un momento después había remediado el mal físico con una herida mortal: una muerte prematura privó después á su patria de un valiente ciudadano: cayó valerosamente cargando á la cabeza de su cuerpo; y único hijo, dejaba una madre desventurada en la soledad del alma, á la que solo le queda el consuelo de haber engendrado un héroe [1].

(I) Pocos días antes del combate, su señora madre había conseguido su baja, pero este distinguido oficial rehusó abandonar el ejército.

CAPITULO XXXV

La división Campos envuelve la derecha del enemigo.—Carga desesperada de los paraguayos á los batallones 4.°, 5.° y 6.° de línea y al balallón Correntino.—Ventajas del primer momento.—En seguida son rechazados.

Al mismo tiempo que los batallones de la división Ayala iban arrollando las fuerzas enemigas que le disputaban el paso, los cuerpos de la división Campos ejecutaban igual operación corriéndose más al Sud, en el sentido que ya anteriormente he expuesto.

Esta división era la extrema izquierda del ejército argentino y su marcha era paralela á la de las fuerzas del coronel Ayala, abarcando estas dos grandes unidades de fuerza un extenso frente de ataque.

El 4.° de línea, derecha de Campos, marchaba á la altura del batallón I.° de Corrientes, izquierda de Ayala, y esta división llevaba á la vista las fuerzas de la columna de Castro, la que se avistaba con la de Agüero, de manera que al enemigo se le iba cerrando en un círculo